METALURGIA DE AMERICA PRECOLOMBINA

Clemencia Plazas (Ed.). Banco de la República, Bogotá, 1986

Traducción Adriana Arias

Los documentos que componen este volumen fueron presentados originalmente en uno de los simposios del Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Bogotá en 1985. Fue una reunión agradable y estimulante en la cual participaron arqueólogos (Snarskis, Cooke, Plazas, Falchetti, Rodríguez), laboratoristas arqueometalúrgicos (Lechtman, Grinberg, Hosler, Scott), restauradores y joyeros (Sonin, Griffin, Howe) y un solitario experto en historia del arte (Lunsford). Esta variedad de disciplinas dio lugar a un verdadero intercambio de ideas y de información en todos los campos. No cabe duda de que el texto escrito no refleja la vibrante emoción de la reunión, pero sí conserva la calidad multidisciplinaria de la misma. Este libro, como colección de ensayos sobre el tema de "Cómo enfocar la metalurgia autóctona de América", es lo mejor que se ha escrito hasta ahora. No le servirá de material de lectura únicamente a los especialistas en el Nuevo Mundo, sino también a todos los interesados en la historia de la metalurgia no ferrosa. Por consiguiente, la decisión de los editores de publicar el texto completo de todos los artículos, tanto en inglés como en español, fue muy atinada.

El artículo inicial de Lechtman crea el ambiente para todo el libro. Señala que en las Américas no es posible estudiar la metalurgia como un fenómeno puramente tecnológico, dejando de lado el contexto cultural. Los grandes centros de la innovación técnica fueron aquellos en donde los metales se emplearon en asociación con el simbolismo y la ideología, lo que ella denomina "metalurgia de la comunicación" y "tecnología del poder". Pudo haber agregado también a esta lista la "metalurgia de la política", como en el caso del bronce al estaño (una aleación del sur de los Andes), llevado por los incas a los territorios del norte del Perú y Ecuador, donde se convirtió en el principal metal para fabricar herramientas, en reemplazo de la aleación local de cobre y arsénico. Después de todo, era la primera vez que un solo estado político controlaba las fuentes de estaño de Bolivia y las minas de cobre del norte de los Andes.

Muchos de los demás autores demuestran que la apreciación de Lechtman es correcta. Grinberg y sus colaboradores analizan el metal sobrante de los joyeros de Vista Hermosa al nordeste de México, y demuestran la presencia de tres aleaciones diferentes: cobre/estaño, cobre/arsénico y cobre/estaño/arsénico. Hosler, en su estudio paralelo acerca de las aleaciones del occidente de México, analiza las propiedades del bronce al estaño y de la aleación de cobre y arsénico y demuestra que no eran los criterios mecánicos (dureza, facilidad de fundición, etc.) los que regían el uso de uno u otro, sino el color. Un alto porcentaje de estaño produce un color dorado, mientras que el arsénico produce un metal brillante y plateado. Por consiguiente, los valores estéticos —y muy probablemente también los simbólicos— pesan mucho más en este caso que las consideraciones puramente técnicas. El estudio de la terminología de los metales en los diccionarios nativos de la época de la colonia confirma en parte estas observaciones. La clasificación de los metales y las aleaciones según el color es práctica generalizada desde Mesoamérica hasta los Andes y, como lo ha demostrado Reichel-Dolmatoff con respecto a los desana colombianos, este código de colores puede tener asociaciones simbólicas complejas. Dado que en cada clasificación está presente una determinada visión del mundo, este enfoque puede ayudarnos a entender cómo percibían la metalurgia los indígenas americanos.

Snarskis (con relación a Costa Rica) y Cooke (con relación a Panamá) tratan el tema de la iconografía, es decir, lo que está representado en el metal y no la forma como fueron hechos los objetos. Analizan la cronología de la metalurgia íst-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República, Colombia

mica, utilizan las fuentes etnohistóricas y la mitología de los grupos indígenas sobrevivientes a manera de guía para descifrar el sistema de creencias que está detrás de los ornamentos con formas de animales, figuras humanas y aves con las alas extendidas. Este tipo de retroproyección tiene sus riesgos (y una analogía, por sí sola, no demuestra nada) pero, en el caso de los pueblos que carecían de escritura, no tenemos otra fuente de ideas. La hipótesis de Cooke de que el simbolismo de los objetos metálicos es sólo uno de los aspectos de una visión cósmica panchibcha al cual se sumaron nuevas técnicas y motivos a través de las rutas comerciales tradicionales de los primeros siglos de la era cristiana, es, por sí sola, tema para un simposio aparte. El estilo Conte, tanto en la alfarería como en la metalurgia, es el epicentro del argumento de Cooke, de tal manera que resulta útil tener la información radiográfica de Ellen Howe acerca de siete figuras huecas fundidas provenientes de dicha región (Espero que se hayan separado muestras de los núcleos antes de los estudios con rayos X, para una posible determinación de la edad por medio de la termoluminiscencia). Las conclusiones a que ha llegado Howe en el sentido de que existen diferencias regionales en cuanto a la técnica para asegurar los núcleos y taponar luego las cavidades resultantes, permiten llegar a una mejor definición de los estilos quimbaya e istmo-internacionales, y nos ayudarán a distinguir las piezas locales de las importadas. Plazas y Falchetti complementan los documentos ístmicos definiendo las principales tradiciones interregionales de la orfebrería en Colombia. En este capítulo, al igual que en sus demás trabajos recientes, se apartan de los restringidos estudios regionales y los esquemas fosilizados de la era de Pérez de Barradas a fin de incursionar en las tendencias más amplias y fijar estas tradiciones en el tiempo y el espacio. Habiendo hecho esto de manera convincente, dan un falso aire de precisión a su historia citando las cifras más importantes de sus determinaciones con el C14, como si se tratara de fechas exactas sin ningún margen de error. Esto le resta credibilidad a toda la base estadística del estudio con carbono radiactivo y significa que cualquier persona que desee verificar las conclusiones de los autores debe remitirse a las citas originales.

Hasta este punto, todo lo que aparece en el libro está fundamentado en hechos observables. El artículo de Lunsford representa algo más personal y diferente en espíritu; un enfoque semejante a la antigua "apreciación del arte". Tomando como muestra las máscaras metálicas de la cultura Sicán del Perú y las de la fase de Yotoco de la región calima en Colombia, formula esta pregunta: "¿Qué relación existe entre el estilo y la técnica de fabricación?". Para Lunsford, "los trabajos Calima tienen cualidades más suaves, en cierto sentido pasivas y de semblanza humana; mientras que los trabajos Sicán son más dinámicos, agresivos y remotos y, por lo tanto, más autoritarios en su efecto". Esto quizás nos dice más acerca de Lunsford que acerca de los pueblos Sicán o Yotoco, pero necesario es reconocer que es el único autor que aborda el problema de la estética en lugar de la iconografía. Nuestro deber como arqueólogos es tratar de comprender otras culturas en sus propios términos. Un ensayo como el de Lunsford nos obliga a admitir que nunca alcanzaremos este ideal, pero también nos induce a pensar en el concepto subversivo de que el *malentendido* creativo (por ejemplo, de los artistas europeos con respecto a los grabados japoneses o a la escultura africana) puede, dentro del esquema más amplio de la historia, ser tan importante como el hecho de llegar a la verdad. Todavía no existe en la arqueología una metodología satisfactoria para examinar la estética de los pueblos que no conocían la escritura.

Los demás capítulos vuelven sobre los aspectos técnicos. Sonin demuestra de manera concluyente que el conocido cacique tairona de Dumbarton Oaks es una falsificación hecha con elementos soldados y luego dorada. Los análisis de Scott muestran que en Nariño y en el Ecuador se conocía el dorado por fusión y que en el sitio Milagro-Quevedo de La Compañía se practicaba el dorado de hoja. Estas técnicas, a diferencia del dorado por oxidación, sirven para darle al cobre puro, y también a la tumbaga, una superficie dorada o plateada. El hecho de que en La Compañía se utilizaran las tres técnicas de dorado le resta peso al argumento de Lechtman de que, por razones simbólicas, el oro debe formar parte del cuerpo de la pieza y también estar presente en su exterior. El estudio de Scott también señala que la inspección visual por sí sola no es suficiente para determinar las técnicas de dorado, que los análisis simples de partes no especificadas de una pieza son casi inúti-

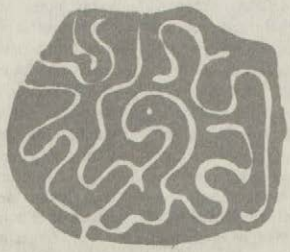
Digitalizado por la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República Colombia

les, y que la metalurgia de Tumaco y las zonas altas de Nariño está estrechamente relacionada con la del Ecuador.

En cierto sentido ahora comprendemos mejor la química indígena que las destrezas manuales de los joyeros. Griffin se refiere nuevamente al equilibrio narrando las dificultades prácticas que tuvo al tratar de restaurar una vasija de lámina de muchas piezas encontrada en el Perú, y sugiere que el término *protosoldadura* describe mejor el proceso de unión que la expresión *soldadura por difusión*, la cual comienza a generalizarse en la literatura. En el último artículo, Rodríguez describe sus investigaciones en los sitios en donde se trabajaba el cobre en Chile, Bolivia y Argentina, y analiza el cambio de los patrones tecnológicos y económicos ocurridos entre el año primero de nuestra era y el momento actual.

Todos los artículos de este libro son valiosos y algunos de ellos constituyen aportes realmente importantes. Conjuntamente, revelan lo que está sucediendo en las Américas en la actualidad y señalan el camino para las investigaciones futuras. Desafortunadamente, la calidad editorial de la obra no está a la altura de su contenido intelectual. Es inevitable que haya errores tipográficos en una obra bilingüe, pero en esta son tan numerosos que cabe preguntarse si en algún momento se hizo realmente una corrección de pruebas. Estos errores le dan a la versión en inglés una calidad surrealista, acrecentada por la forma como se han cambiado de lugar las ilustraciones, algunas veces de un capítulo a otro. La mitad de las leyendas de Sonin no corresponden a las ilustraciones, y una ilustración de una figura Tolita (ofrecida en Sotheby's en noviembre de 1985, atribuida a Tumaco, por un precio calculado entre 40.000 y 60.000 dólares de los Estados Unidos), no aparece donde debería (Plazas y Falchetti, fig. 1c) sino en el capítulo de Howe (fig. 16). Esta negligencia y la encuadernación poco resistente para un volumen que merece consulta permanente, son realmente enojosas por tratarse de una obra de gran importancia académica.

WARWICK BRAY



Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia